

y ruega á Dios que no esté rancia la comida, porque tras un mal nos vienen ciento.

Pedro. (saliendo). Así es la verdad, y por eso dice aquel refrán: Bien vengas, mal, si vienes solo.



NETZULA

—

11

Don JOSE MARIA LAFRAGUA.

—
DON JOSE MARIA FABRYGUA.



NETZULA.

I.

Eran los últimos días de Moctezuma: el imperio volaba á su ruina, y la espada de los españoles hacía estremecer el trono del monarca; donde quiera se escuchaban sus victorias, y los hijos de América doblaban el cuello á la cadena de los conquistadores. Ixtlou, en otro tiempo terror del enemigo en los combates, se había retirado á la cueva de la montaña, porque no quería presenciar la esclavitud de la patria. Allí esperaba la muerte, y el sepulcro debía ser el escudo que le libraba de la furia del vencedor: sólo Netzula su hija sabía el retiro del anciano, y le proveía en él de los alimen-

tos: también Octai era sabedora del refugio de su esposo.

La noche estaba serena; la luna brillaba en toda su luz, y la hija del guerrero caminaba tímida y silenciosa á visitar al héroe: parecía un fantasma que vaga por el campo de la noche: vestida de blanco y suelto el cabello se estremecía de oír el ruido de la yerba que movía con sus pasos, y la sombra de los árboles que se agitaba pausadamente con la brisa, la hacía temblar.

Se adelantó ligera por el campo, y llegó á la habitación del anciano: estaba sentado sobre una piedra del monte, é inmutable, como su desgracia, vió á la virgen y sonrió.

—Hija mia, la dijo, ¿me traes nuevas de los valientes de Anáhuac? ¿han acabado sus días, ó aun corre la sangre del enemigo en la piedra de sus lanzas?

—No acabaron, padre, no acabaron, contestó la joven: aun puede su espada abrir el sepulcro á los opresores, y pronto será la batalla que decidirá la suerte de la patria: el arco está en la mano de los valientes, y sobre sus hombros refleja la luz en la punta de sus dardos.

—¡Ay! exclamó el anciano: así reflejó alguna vez sobre mi escudo, cuando mi mano era fuerte en los combates; cuando Ixtlou se adelantaba el primero y combatía con los leones del bosque. Entonces me amaba la juventud, y tu madre era la envidia

de mil doncellas; pero ahora no me resta sino un brazo que apenas sostiene mi cuerpo cuando me apoyo en tus hombros, y mis piernas no ensayan otro camino que el sepulcro.

Calló por un momento, y continuó con un ardor mayor que el que ofrecían sus años y su cabeza, semejante á la ala de la paloma.

—Tuviera yo tu fuerza, hijo mío Utali! ¡tuviera yo tu fuerza! no estaría ocioso, escondido bajo de la montaña: volaría al combate y vertería la sangre del extranjero, la sangre de los hijos del océano: entonces en el lugar del campo en que cayese herido se alzaría un recuerdo, y mi alma se uniría á las de los héroes después de la vida para que me admirasen los hijos del tiempo porvenir.

Netzula estrechaba una de sus manos con ternura, y alguna vez se sentía alegre al encontrar sus ojos con los de su padre: tal vez suspiraba por su hermano que estaba en el ejército, á quien amaba como á su corazón; pero la esperanza que se encendía en su alma, le ofrecía la gloria y el triunfo: así es el espíritu de la juventud: le halagan y le consuelan las esperanzas, y no se abre al mal sino cuando es inevitable y le amenaza ya sobre su cabeza.

Antes de amanecer volvió á ver á su madre que la esperaba con la ansia de la incertidumbre. Octai que en los años de paz

se lanzaba á las danzas y á los bailes de la juventud, con la ligereza de un joven cierto que brinca por las rocas, que alegre como la aurora de la primavera, y hermosa como el iris en el centro de la obscuridad cuando las nubes son el manto negro del cielo. Octai que había encantado el corazón de Ixtlou cuando era general de sus compatriotas en los combates de la gloria, hoy recostada y melancólica bajo una cabaña solitaria recordaba los días pasados, y miraba con una lástima mezclada de sobresalto á Netzula que resplandecía de juventud y de belleza.

No le quedaba de los pasados placeres, sino el de tener las noticias que su hija le traía cada noche del amado de su corazón, pues postrada por los dolores caminaba lentamente á visitar á sus abuelos en el firmamento.

Muchas noches pasaron sin que en ninguna faltase la hija de Octai en visitar á su padre, y consolar en cuanto podía el agitado corazón de los dos esposos. Unas veces conversaba con su madre de la hermosura de los campos y de la vuelta de su hermano, y su alma bebía el deleite en las ilusiones y en las esperanzas.

Pero el anciano gustaba más de oír las hazañas de su hijo Utali, que era segundo después de Oxfeler, general del ejército de la América: la virgen contaba á su padre los triunfos pequeños de aquellos días, y

no podía menos de estremecerse á las escenas de sangre que se renovaban.

Ya la luna no brillaba, y sólo las estrellas resplandecían en la noche. Netzula, que aunque no temía ya en la serenidad, se sobresaltaba de cualquiera motivo que le ocurría de nuevo, volvía de la cabaña del anciano, y su pensamiento estaba lleno de las ideas de su familia. Creyó escuchar de repente un suspiro, y se detuvo: aun el aliento había suspendido y temblaba todo su cuerpo. No se atrevía á mirar hacia ninguna parte, y recelaba aun el desengaño que esperaba fuese funesto. Pasado largo tiempo extendió su vista, pero vió todo en una tranquilidad capaz de asegurarla; y como no percibió ya el motivo que la había intimidado, se avergonzó á sus solas, y resolvió seguir y guardar en silencio aquel acontecimiento.

Estaba resuelta á no asustarse de nuevo por estos ruidos; pero á pesar de esto, al pasar por aquel lugar apresuraba el paso y palpitaba aceleradamente su corazón. No tenemos dominio sobre nuestros sentimientos: nos arrastran involuntariamente, y somos su víctima, el juguete de las ilusiones del alma.

Casi había olvidado este suceso; pero otra noche al ir á la cabaña de su padre le pareció escuchar un ruido de alguna persona que caminaba por las inmediaciones. El temor de su alma no era tan grande como

la vez pasada, pero estaba muy lejos de la tranquilidad. Determinó esperar, y creyó convencerse más y más de que respiraban y aún hablaban una ú otra palabra cerca de ella.

La primera sorpresa había pasado, y Netzula permanecía inmóvil, así por el miedo que no le permitía adelantar un sólo paso, como por la curiosidad que le inspiraba saber quién en aquella hora podía vagar por los árboles del monte. Aplicó su oído, y percibió una voz debil que cantaba.

—“Brillante firmamento, habitación del sol que te abandona en este instante, recíbeme, abre tus puertas que ya voy á tí á unirme con las almas de mis amigos, de mis padres, de mi esposa adorada, á esperar á Oxfeler, á mi hijo, el amigo de mi vejez.”

“¿Qué soy sobre los campos de Anáhuac? Arbusto deshojado y seco que el huracán despojó de su vestidura, y no da sombra al viajero cansado, y estorba á los cazadores. Brillante firmamento, abre tus puertas y recibe á Ogaule: allá me uniré con Ixtlou el amigo de mi juventud.”

Ogaule era amigo de Ixtlou, y la virgen le había oído nombrar muchas veces en las conversaciones de su padre. Mas ahora, después de una larga ausencia, se le creía generalmente muerto aun por sus íntimos amigos.

Netzula con toda la confianza de la ju-

ventud, y disipados completamente sus temores, se adelantó hacia el anciano que estaba recostado sobre el campo al pie de una roca: él volvió la cabeza, blanca como la escarcha de invierno, y exclamó con una voz melancólica:

—“¿Quién viene á turbar en medio de la noche la soledad del infortunio? ¿Quién se aproxima al viejo que sólo piensa en volver al sepulcro? ¿Es el hijo del extranjero que viene á abrirme la tumba, ó el genio del consuelo que viene en la noche á aliviar mi dolor? Hermosa joven, continuó mirando á Netzula que se había aproximado lo bastante para que él pudiese distinguirla, hermosa virgen, ¿vienes á auxiliar la desgracia?”

—“Soy la hija de tu amigo, exclamó ella: la hija de Ixtlou, el valiente en los campos de guerra: su espada no centellea en los combates, pero las memorias de sus amigos se alzan en su corazón. Los años arrebataron su fuerza, pero no sus recuerdos de la antigüedad.”

—“Ven, acércate, exclamó Ogaule, acércate y que estreche en mis brazos al único resto de mi amigo: pronto me uniré á él, y le diré allá en el firmamento: “Tu hija ha descansado su frente sobre mi pecho; ha sentido palpar mi corazón al recordar las acciones que ejecutamos juntos.”

—“Tu amigo no habita en el firmamento, replicó ella, está como tú habitando en el

retiro de la montaña: allí se ha sustraído á la dominación del vencedor; allí espera la muerte ó el triunfo de la patria: ¿por qué no te unes á él, y será menos amarga la soledad?

—Sí, hija mía, replicó el anciano: cuando mi boca empezaba á recibir la sombra de la juventud, ¡oh! entonces estos brazos que ahora ciñen débilmente tu cuerpo, aterraban á los valientes en las batallas, y ahogaban á las fieras del bosque: la espada del enemigo estaba muchas veces á mis piés, y mis manos se empaparon en la sangre de los osos: la patria jamás clamó entonces en vano, jamás Ogaule llegó el segundo á las filas de los guerreros; pero hoy los años me han arrebatado mi fuerza, y no puedo hacer otra cosa que exhalar vanos suspiros por la felicidad de la América. Tú, hijo mío, Oxfeler, tú serás el apoyo de tus amigos, y los altivos hijos del mar temblarán á tu nombre: tu gloria volará por tu patria, y recibirás las bendiciones de los que aman el país de sus padres. Hija mía, vamos: unámonos á Ixtlou; y pues que somos iguales en nuestra vejez como lo fuimos en nuestras hazañas de la juventud, llévame, y tendré el consuelo de abrazarlo antes de morir.

La virgen dió su brazo al guerrero, y sostenía los trémulos pasos del anciano. Adelantándose solitarios por el mundo, parecían el emblema de la prudencia apoyada en la virtud, que camina abandonada y errante

por el universo, y que rara vez aparece á los ojos de los mortales.

Llegaron á la mansión de Ixtlou, que reclinado sobre la tierra esperaba á su hija: Ogaule habló el primero diciendo: "Ixtlou, mi amigo querido." El anciano levantó lentamente su cabeza y exclamó: "¿Es la voz del espíritu de mis amigos de los otros días, que vienen á visitarme en mi soledad desde sus casas celestes, ó es la ilusión de los sueños que consuelan al desgraciado?"

—Es tu amigo, es tu amigo que viene á partir hoy tus penas como partimos en días más felices la gloria y los peligros. No vengo de las habitaciones del cielo, vengo del retiro del monte, donde esperaba la muerte, donde no creí volver á ver á los compañeros de mis años de juventud.

—¿Y vuelvo á oír tu voz, amigo mío, tu voz que era una tormenta para tus enemigos, y suave como la música para los que te amaban? Ogaule, amado Ogaule, tú me das el único placer que puedo tener antes de dormir bajo de la tierra: separado de mi amada, sin hablar con otra persona que mi hija, la melancolía secaba mi corazón; pero ahora el lenguaje de la patria sonará otra vez en mis oídos: ahora hablaremos de nuestros hijos, compararemos sus hazañas á las de sus padres en los días de la antigüedad, y arderá de nuevo en mi pecho el placer que me causó la gloria. Ven conmigo, y esta choza será nuestra habitación,

hasta que el ángel negro señale quién ha de ir primero á esperar á su amigo en la morada de nuestros abuelos.

El corazón de Ogaule se había abierto al placer con un entusiasmo tan puro como en los días de sus amores: Ixtlou olvidó por un momento los dolores que obscurecían su alma para gozar de todo el deleite que le ofrecía la presencia del amigo de sus días de gloria. Netzula, llena de belleza, de ternura y de fuego, participaba de las emociones de los ancianos, y se complacía en la imagen del compañero de su padre. Octai lloró de regocijo al saber que la soledad no cercaría más la morada de su amado.

II.

La hija del guerrero continuó en llevar todo lo necesario á los dos ancianos: sola en el universo, su alma no experimentaba otras emociones que las del amor hacia estos objetos de su ternura, y su corazón ardiente deseaba estas impresiones vivas, aunque estaban muy distantes de satisfacerle.

Una noche encontró á su padre muy pensativo: parecía que toda el alma y toda la existencia del anciano estaba envuelta en sus pensamientos. En vano procuró Netzula distraerlo y arrebatarlo de sus medi-

taciones; él la estrechó en sus brazos, le habló friamente de su madre y de su hermano, y parecía que la contemplaba con más cariño que otras veces. Ogaule le dirigió miradas muy tiernas; pero calló igualmente sobre el asunto que llenaba el alma de su amigo.

Recibieron noticias de Utali: su valor sobresalía en la guerra: Oxfeler le miraba como á un amigo íntimo, y era el confidente en sus determinaciones, y su defensor en los combates. Los ancianos vertían lágrimas de amor y de entusiasmo con la fama de las hazañas de sus hijos; y cada una de las distinciones de Oxfeler á Utali era un vínculo más para los dos amigos.

—Hija mía, dijo Ogaule á la joven en una de las noches de la cabaña del monte: hija mía, tú eres la más hermosa de las vírgenes de Anáhuac, y mi Oxfeler tiene un lugar entre los guerreros que aspiran al premio del valor y á la corona de la patria. ¿Rehusará la belleza unir su suerte al defensor de los pueblos?

Netzula dirigió una mirada á su padre, bajó los ojos, y sus mejillas se colorearon como las manzanas del otoño: guardó silencio: Ixtlou estrechó la mano de su hija y sonrió: ella callaba, pero el guerrero dijo á su amigo.—Un sólo placer me resta sobre la tierra: cuando mi hija venga á aumentar los lazos que unen á nuestras familias, la espada de los extranjeros no será terrible á